

aqueel otro problema, de «si Albano y San Ignacio tenían derecho á usar velas.»

La Iglesia de Roma, como lo hemos indicado ya, impone á sus Sacerdotes una disciplina tan estricta, como á los seglares, y, en algunos casos, más estricta aún. Los límites de las discusiones están claramente definidos, y son improrrogables. Pero las sectas metodistas, presbiteriana ó anabaptista, no están gobernadas por ese poder original, que existe por la misma autoridad divina, y que es-

tá robustecido por la tradición, y por los precedentes de muchos siglos. Admiten, que las leyes, que los rigen, han sido formadas por ellos mismos, y es máxima conocida; que el que crea, tiene el derecho de alterar. Es la diferencia que existe, entre la autoridad humana, y la divina: solo por esta razón, sería imposible, que cualquier Concilio Euménico pudiera jamás poseer los rasgos característicos de una convención protestante.»

(España Católica, 6 de Noviembre 1874.)

Como no amar el dulce nombre de amigo, nombre, que en los buenos y antiguos tiempos, figuraba al principio de todas las publicaciones decorosas? San Juan, el apóstol del amor, dirigiéndose á los primeros cristianos, empezaba sus epístolas con un nombre más dulce todavía: «hijos míos: *filii*.»

La secta, que todo lo ha trastornado, ha mudado el saludo amistoso, porque no puede pronunciarlo sin sonrojarse: excluyéndole de sus publicaciones, se ha hecho justicia: el escritor, que lleva á vuestro hogar cierta dosis de arsénico, de seguro no es vuestro amigo.

El *Journal de Florence*, que nada ha de aprender de la secta, y que cifra su gloria en hallarse en situación antípoda, respecto de ella, conserva ese dulce nombre: con título de amigo se presenta á sus lectores; y á título de amigo, pueden admitirle en el santuario de la familia. Lleva consigo los antidotos que la Iglesia prodiga, contra toda especie de veneno, y solo desea la felicidad temporal y eterna de cuantas personas tengan á bien leerle.

Yo puedo llamar amigo mio, al lector, puesto que yo le amo. Convencido de que el hombre no puede, por si solo, proporcionar la felicidad á todos sus amigos, he examinado, qué institución pudiera alcanzar ese fin, objeto de mis más ardientes deseos. No he encontrado más que á la Iglesia, por eso me he puesto á su servicio. La Iglesia marcha adelante, yo la sigo, fijos siempre los ojos en ella, persuadido de que, en perdiéndola un solo momento de vista, caería en el precipicio.

Desde que tomé á mi cargo la Dirección del *Journal de Florence*, no han cesado de rodearme dificultades sin cuento. No hago mención de las que me conciernen personalmente, sino para decir, que bendigo al

AL AMIGO LECTOR.

Señor, por las pruebas que se sirve enviarme; pruebas, que me comunican, cada vez, nuevas fuerzas y nuevo valor para proseguir mi camino. Mas, hay dificultades que no se refieren á mi persona, sino á la obra, que estoy llevando á cabo: estas dificultades interesan á los lectores del *Journal de Florence*, y hasta les preocupan: por eso, juzgo oportuno hablar de ellas entre amigos. Como, además, el año actual toca á su término, bueno será cerrar el presupuesto de gastos, arreglar el de ingresos, y cambiar algunas explicaciones en familia.

La principal de esas dificultades nos viene del gobierno francés. En virtud de un reglamento, ó de una ley, ó de una medida administrativa (no sé cómo explicarme, pues no comprendo esos enredos legislativos), el *Journal de Florence* sufre, hace algunos meses, una revisión oficial, antes de ser distribuido á nuestros suscritores de Francia, lo cual ocasiona un retraso en el envío de los números á provincia. Todos los días, por este motivo, recibimos una porción de cartas, en las cuales se protesta, ora, contra esa parcialidad del gobierno de Versalles, en la cual se pretende ver la intención de favorecer la prensa indígena; ora, contra los católicos liberales del ministerio, á los cuales se atribuye cierta idea de venganza, contra un periódico, que no es de su gusto, etc., etc.

No participo de todas esas opiniones. Presumo, si, que el *Journal de Florence* sufre una suerte común á toda la prensa extranjera en Francia. Si M. el mariscal MacMahon, no tiene simpatías por el periodismo, y si, no pudiendo defenderse contra los periódicos franceses, tratara, al menos, de vigilar los del extranjero, le felicito de ello, con todo mi corazón. Estamos perfectamente de acuerdo en cuanto á los beneficios, que,

el periodismo, en general, produce en las poblaciones. Pero el Mariscal debe estar al mismo tiempo convencido, de que el *Journal de Florence* no es un enemigo temible del orden constituido, que no excita á nadie á la rebelión, y que el retardo de algunas horas en remitirlo á los suscritores, no consolida ni derriba el Septenario. Por lo tanto, abrigo la esperanza de que, cuanto antes, desaparecerá esta medida excepcional; y si no desapareciese, exhortaría al lector á imitarme en la paciencia.

Nuestro periódico no es de los que más llaman la atención por las últimas noticias; trate, más bien, de difundir la buena nueva, la cual no nos llega por el telegrafo, puesto que nos ha sido revelada, hace diez y nueve siglos. Las verdades, que de esa buena nueva saca el *Journal de Florence*, son tanto más oportunas cuanto que se trata, generalmente, de hacernos olvidar, sobre todo, en el campo de la política, en donde dichas verdades son más necesarias; porque allí, precisamente, es donde se deciden los destinos eternos de las masas; pero la verdad no pierde nunca su frescor y lozanía; que se la reciba una hora antes, ó una hora después, siempre se podrá sacar provecho de ella.

En Francia se nos acusa, de que nos ocupamos demasiado de Italia; en Italia se nos reprocha, que consagramos la mayor parte de nuestro periódico á Francia. El hecho es, que nosotros, no nos ocupamos ni de Italia ni de Francia: los nombres de esas dos naciones, tan queridas de nuestro corazón, brotan con frecuencia de nuestra pluma á causa de la Iglesia, que es nuestra única preocupación. Y las cuestiones, que se agitan en Francia y en Italia, juzgadas exclusivamente, bajo el punto de vista de la Iglesia, deben interesar en el mismo grado, no solo á los católicos de ambos países, sino á los del Canadá y de las Indias, á los de la Australia y de todo el mundo.

En medio de los trastornos espantosos, producidos por la secta, se va formando, poco á poco, una vasta familia diseminada sobre toda la superficie de la tierra; pero, unida por lazos de tierna adhesión á la Iglesia. Esforzándose en extinguir todo sentimiento patriótico, y borrar hasta el nombre de patria, la secta acaba de recordarnos oportunamente, que la patria del cristiano es el cielo; trabajando en las grandes aglomeraciones, en las invasiones de las fronte-

ras, la secta nos induce é impele á estrecharnos cada vez más al rededor del Vicario de Jesucristo; sembrando, por do quiera, el desorden y la muerte, nos obliga á buscar el punto en donde se halla el orden y la vida, y á elevar nuestra vista hacia el Criador. La secta arroja así, en medio de las ruinas, un germen fecundo, que debe producir el cumplimiento de la palabra profética: *unus pastor et unum ovile*. El *Journal de Florence*, más bien que el órgano de Francia, ó de Italia, es el mensajero de ese Pastor, y se dirige indistintamente á todas sus ovejas.

Pero, para sacar de los males, que la secta produce, según las miras tenebrosas de Satanás, todos los bienes que las miras misericordiosas de Dios, nos prometen y preparan, es indispensable, es esencial, es urgente, separarse resueltamente del campo anticristiano. Esta separación no se ha efectuado todavía; no se ve ¡ay! asomar la aurora del día, en que ha de verificarse, lo cual constituye el principal obstáculo á la restauración del orden social, el mayor peligro del momento para la Iglesia; por eso trabajamos para que se lleve á cabo, llenos de confianza, no en nuestras débiles fuerzas, sino en el auxilio de Jesucristo, y en la bendición de su Vicario.

Todos los que nos comprenden, deben seguirnos. A los que todavía no nos hayan comprendido, ya les abrirán los ojos, á no dudarlo, las calamidades que el Eterno nos prepara. Entre tanto, permanezcamos firmes en nuestro puesto: le es muy grato á nuestro corazón anunciarlo así á nuestros suscritores—á esos amigos firmes, constantes, perseverantes, que por más que tengan que hacer duros sacrificios, que nosotros sabemos apreciar, no han querido abandonar una obra, útil, en su concepto, á la causa de la verdad.

A nadie le han fallado nunca razones para negarse á oír la verdad; porque Satanás se las ofrece siempre en gran número; y todos los que se pierden fatalmente, corriendo en pos de la prensa sectaria, tienen muchas á su disposición: encuentran entre los enemigos de la Iglesia materia mas abundante, mas atractivos en el esilio, toda suerte de ventajas sobre la prensa clerical. Semejantes razones, tan buenas en el tiempo, cambiarán de naturaleza, y serán muy malas para la eternidad.

Suplicamos á nuestros amigos—á los que nos han comprendido—nos difundan, y nos

dén á conocer á cuantos puedan. La fe, adormecida por los procederes de la secta, no despertará, sino á medida que esos procederes sean conocidos. Para que se conozcan, es necesario un improbó y penoso trabajo; pero el mérito á los ojos de Dios será proporcionado al sacrificio. Si es para nosotros un deber levantar la voz contra la secta, no lo es ménos para nuestros amigos procurar, que el público escuche lo que decimos, examine nuestras palabras, para sacar todo el provecho posible de ellas. Del cumplimiento de ese doble deber de caridad, tendremos todos que dar estricta cuenta al Eterno.

Cuando un santo misionero abandona sus comodidades, sus riquezas, sus amigos, su patria, su familia, para pasar á una tierra remota, y anunciar en ella la buena nueva, hace un sacrificio, que solo Dios puede apreciar. Mas su sacrificio no produciría fruto alguno, si, entre los infieles, no se encontrasen, algunas de esas almas predestinadas por Dios, para llevar á cabo sus obras, quiero decir, algunas de esas almas, que aman con ardor la verdad, y responden con prontitud á su llamamiento. El hombre, que alcanza esta

predestinación sublime, parece multiplicarse para incitar á sus parientes, amigos, y á su tribu, á que vayan á oír la palabra del misionero.

Los oscuros trabajos de ese hombre, cuyo nombre no trasmitirá á los venideros la historia, su celo, que pasará inadvertido á los ojos de todos, si se exceptúan los del Eterno, son, sin embargo, un elemento esencial á la predicación del misionero: porque *tibi non est auditus non effundas sermonem*; el que prepara los oídos para escuchar la verdad, contrae el mismo mérito ante el trono de Dios, que aquel que con su boca ó su pluma la difunde.

Anhelar, que nuestros excelentes amigos puedan, hasta el fin, llenar su deber de propagadores de las verdades eternas, es desearles la posesión del mas precioso tesoro, y las bendiciones de Dios, al través de los peligros y de las amenazas de la hora presente.

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 6 de Diciembre 1874.)